

LOS CUENTOS HAY QUE OÍRLOS

Des del curs 2003 - 2004 l'IES Ernest Lluch acull el programa de Tantàgora de Boca a orella de foment de l'oralitat als CEIP i als IES. I enguany en fan aquesta valoració.

A veces, la palabra no basta. Me atrevería a decir que hay que recurrir a la imagen para describir la potencia de la palabra misma. Y a partir de una imagen fija o en movimiento voy a relatar mi experiencia con el relato oral.

Desde el primer día que entraron los cuentacuentos en las aulas me persiguen alternativamente dos imágenes: la de un adulto conduciendo sus gestos y su voz y la de un puñado de adolescentes siguiendo el vuelo de la fantasía, atónitos ante el poder de la palabra.

Año tras año, desde que comenzó esta aventura, se repite inevitablemente la escena, ya sean cuentos folklóricos de los rincones más recónditos del planeta o de aquí mismo, ya sean esas historias de la modernidad que llamamos leyendas urbanas, ya las de legendarios caballeros de la épica y la novela, ya la lisa y llana anécdota; se observan las mismas caras de admiración, los mismos gestos de incredulidad, se repite la mejilla apoyada en la palma de la mano, los ojos fijos en los gestos del narrador, las miradas persiguiendo la modulación de la voz o la impasibilidad de los cuerpos ante la tensión y la intriga del relato. Año tras año, me sorprende la repetición de la misma situación.

A veces, las historias se repiten, a veces cambian de orientación pero siempre, siempre, la escena es la misma. Y si nos dedicáramos a repasalas todas, una tras otra como en una proyección las distinguiríamos entre sí por el cambio de las modas: el modelo de gafas, el corte de la falda, la anchura de los pantalones, los dibujos de las camisetas, los cortes de pelo de los chicos o el peinado de las chicas. En conclusión, la narración oral atrae a nuestros alumnos y los ha impactado a lo largo de una década.

Y antes de la sesión no hubo nada. Los sumergimos en el relato sin previo aviso, les escamoteamos todo tipo de información acerca de lo que iba a suceder. Así estábamos seguros de que los conduciríamos hasta el relato inocentes, les pusimos frente al texto desnudo, el gesto exacto y la expresión más acertada. Después los hemos llevado de la mano hasta que descubrieran por sí mismos el espectáculo total en el que ellos y el narrador eran los agentes de un momento excepcional.

Ta^oNtágoRa

En el aula, tras la sesión, se produce, inevitablemente, el milagro: los adolescentes han descubierto el valor de la palabra, su textura, su incapacidad de volar sola y la necesidad que tiene del gesto y del misterio. Han analizado al detalle cada uno de los momentos vividos, cada instante que el narrador había planificado sin ellos saberlo, cada segundo de las improvisaciones. Y hasta se han atrevido a narrar, o a escribir para que se narrara. Han empleado la palabra, sin más, para explicar cada uno de los impactos que para ellos ha supuesto un relato bien conducido, bien articulado. Y le han perdido el miedo a la palabra, a la palabra en voz alta.

Porque los cuentos hay que oírlos y, aunque ya los conozcamos, no importa porque, al entrarnos por la vista y el oído, adquieren entonces un nuevo matiz, una renovado interés, una inesperada vitalidad.

¿Qué más decir de la vida de los cuentos en la escuela? Que -como decía León Felipe -la vida del hombre la mecen los cuentos.

CARME MUÑOZ GIMENO

Ins Ernest Lluch. Barcelona